

# La apologética teológica en tiempos de pandemia\*

[Artículos]

Francisco Sánchez Leyva\*\*

Recepción: 26 de julio de 2020

Aprobación: 30 de agosto de 2020

Citar como:

Sánchez Leyva, F. (2021). La apologética teológica en tiempos de pandemia. *Albertus Magnus, XII*(1). <https://doi.org/10.15332/25005413.xxxx>



## Resumen

La tesis central del presente estudio de reflexión considera que los tiempos del coronavirus son un evento histórico relevante para el ejercicio de una nueva apologética teológica. La tesis presupone un ejercicio apologético capaz de ayudar a integrar el don del amor de Dios en estos tiempos de crisis para toda la familia humana y se fundamenta en la programática exhortación petrina de estar “siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a todo aquel que nos lo pida. Pero hacerlo con humildad y respeto” (1P 3,15-16). El estudio concluye remarcando la vehemencia de la buena noticia de la resurrección del Señor como un evento capaz de encender el corazón de la humanidad doliente con una llama de esperanza.

---

\* Artículo de investigación.

\*\* Universidad Pontificia Salesiana de Roma, Roma, Italia. Correo electrónico: [sanchez@unisal.it](mailto:sanchez@unisal.it); ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6860-5407>

**Palabras clave:** tiempo, pandemia, apologética, coronavirus, esperanza.

## **Introducción: como un susurro afable**

Desde la Tierra Santa, en los momentos más álgidos de la propagación del coronavirus en Jerusalén, nace en mí la necesidad de reconciliarse con este signo de los tiempos desde y con un sentido teológico. Con esta intención y en esta singular ciudad caracterizada por lo religioso, me dispongo a escribir cuanto sigue. Si el lector me lo permite quisiera introducir esta reflexión teológica situándola a partir de un dato contextual. Una de las experiencias que más impactan al estar en esta ciudad que custodia una memoria santa es la vivencia del Sabbath, esto es, el tiempo sagrado del descanso laboral que los hebreos observan, desde el atardecer del viernes al sábado por la noche de cada semana, en memoria del descanso del Dios creador en el séptimo día y como expresión de la certeza que en Dios el ser humano solo puede hallar descanso en el *hic et nunc* de la historia y más allá de ella. “Es en el sábado y a través del sábado que los hombres conocen la realidad en la que viven y que ellos mismos son en cuanto creados por Dios. [...] El sábado es la presencia misma de la eternidad en el tiempo, una pregustación del mundo que debe todavía llegar” (Molmann, 1986, p. 318). Es indicativo que este tiempo sagrado de descanso sea, a su vez, un tiempo de alegría en el que se celebra la “distensión, armonía espiritual y un cambio de ritmo de los días de trabajo. En el hogar, esto se expresa en comidas festivas y selectos platillos [...]. Se dedica tiempo al estudio, al descanso y a fomentar las relaciones conyugales. [...] Recibir invitados es una tradición en este día” (Wigoder, 2002, p. 667).

Como un tiempo sagrado el Shabbat también es un tiempo de aprendizaje y de inteligencia teológica. Es una declaración afirmativa de la fe y de la

identidad del Pueblo de Dios. Su observancia puede cultivar una plena atención teológica santificando el tiempo con formas consagradas de inacción. “En este día se suspenden y se paralizan actividades cotidianas de trabajo y de ocio. En su lugar se cultivan toda una serie de formas de descanso del cuerpo y la mente. Estas son de un tipo cultural especial” (Fishbane, 2008, p. 124). En este tiempo de inacción se desarrollan los espacios interiores de los creyentes en los que se beneficia la alianza entre Dios y el hombre; entre el tiempo y el espacio profano y el tiempo y el espacio sagrado. “El Sabbath es por lo tanto un periodo de sagrado éxtasis, una duración de santidad a través del cultivo de la inacción en el cuerpo y el espíritu [...]. El latido del corazón del reposo puede así impregnar la mente y los miembros del propio ser, y generar un equilibrio interior en la quietud y un espíritu ordenado” (Fishbane, 2008, pp. 125-127).

Por sus causas y por sus efectos explícitos, los tiempos dramáticos del coronavirus son radicalmente diferentes a los tiempos religiosos y a la doctrina teológica del Sabbath. Ciertamente, en estos tiempos de pandemia se vive el silencio, el recogimiento, la disciplina, la suspensión de actividades, pero de un modo profundamente diverso. Por doquier se respira la densidad de un aire agitado por el peso del miedo, del peligro, de la amenaza, de la vulnerabilidad, de la muerte. Se vive con angustia el sentido de autoprotección y de autodefensa. Para sobrevivir se buscan con ansia puertos más seguros que, sin embargo, no existen. Incluso la tendencia de huir (*fuga mundi*) es una desilusión. Encerrados en los propios hogares se experimenta el dominio de la frustración, de la incertidumbre y de la impotencia. “Qué difícil es quedarse en casa para aquel que vive en una pequeña vivienda precaria o que directamente carece de un techo. Qué difícil es para los migrantes, las personas privadas de libertad o para aquellas que realizan un proceso de sanación por adicciones” (*A un ejército invisible*, n. 39). En un modo o en otro se padece

el estado de ánimo de la confusión y del extremo tedio de los días (*taedium vitae*) que pasan acumulando solo muerte. Con indefensa congoja se constata el arrebató violento de los planes, de los proyectos, de la libertad y de la propia autonomía. Las plazas y calles desoladas de Jerusalén, como las de otras muchas en el mundo porque precisamente es el mismo evento que sucede al mismo tiempo aquí y allá, gritan con ansiedad el insoportable peso del enemigo omnipresente que ronda en nuestro contexto vital como un león rugiente buscando a quien devorar (1P 5,8-9).

En estos tiempos “nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados” (*¿Por qué tenéis miedo?*, n. 19). Como comunidad humana estamos ante un enemigo desconocido e invisible que, no obstante, nos pide razón de nuestro *modus vivendi et operandi*.

Efectivamente, este tiempo de pandemia “ha determinado un profundo sentido de incerteza en la población que ha visto cambiar repentinamente sus referencias sociales, comunitarias, económicas financieras y, sobre todo, la percepción de la seguridad propia y del núcleo familiar” (D’Urso, 2020, p. 11). En este contrastante contexto entre la mística del Sabbath y la hostilidad del coronavirus, me ha venido a la mente, como un susurro *afable*, la exhortación de san Pedro a los primeros cristianos, y en ellos a los cristianos de todos los tiempos y en todos los espacios, a estar “siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a todo aquel que nos lo pida. Pero hacerlo con humildad y respeto” (1P 3,15-16) Es el Apóstol de la fe intensa (ver Jn 6, 68-69), como el “hombre de poca fe” (Mt 14,30-31), quien ahora exhorta a los cristianos a ejercitar una autoconsciencia creyente: en qué cosa creen y cómo creen. “Es Pedro, no el pescador de Galilea, sino el Apóstol inspirado, que en nuestro texto nos da un precepto que, para su correcto cumplimiento, comporta un atento ejercicio de

nuestra razón: un ejercicio con base en la fe, considerada como acto o disposición de la mente, como basándose en su Objeto” (Newman, 2005, p. 465).

La índole cristiana de esta exhortación petrina asume, con un realismo inteligente y responsable, la vida humana de todos los días como un “campo de batalla”. Presupone, además, al menos en esta reflexión que propongo sobre la pandemia del coronavirus, tres aspectos vinculantes entre sí a la disciplina de la teología fundamental. En primer lugar, se refiere al particular significado de la nueva apologética teológica como el “ayudar a otros a integrar el don del amor de Dios con el resto de sus vidas” (Lonergan, 1972, p. 123). Ciertamente, se trata de la inconmensurabilidad del significado del término apologética, cuya metamorfosis conceptual se está produciendo desde el paulatino abandono de la apologética clásica que busca defenderse de un enemigo hacia la nueva apologética que se empeña cada vez más en la pedagogía del ayudar a otros o en la performativa acción de la fe (*actio fidei*). Bien se podría decir que la apologética teológica, en cuanto teología, es la inteligencia de la fe y, en cuanto apologética, la perspectiva de la esperanza. Así lo encontramos en el Magisterio del papa Francisco cuando evoca “una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos” (*Evangelii gaudium*, n. 132). En segundo lugar, la presente reflexión asume la ciencia teológica como “la mediación entre una matriz cultural y el significado y el rol de una religión en esa matriz” (Lonergan, 1972, p. xi). Es la sabiduría de la ciencia teológica en la que “no solo se trata de discernir el orden en los contenidos de la fe. También se trata de discernir el orden en la historia de las expresiones de la fe” (Wilkins, 2018, p. 181). Se trata de una sabiduría que sabe acortar las distancias entre el misterio de Dios y el misterio del ser humano, entre el universal divino y el viviente concreto. De hecho, por su

propia naturaleza la teología no puede ser indolente ante ningún fenómeno cultural o histórico. No puede ser indiferente ante el ser humano y sus manifestaciones. En teología nada de este mundo puede resultar indiferente. En este caso me refiero, concretamente, a la importancia que la teología tiene de cara al fenómeno histórico del coronavirus porque ella, como ciencia sapiencial, puede ayudar al creyente en Cristo a desarrollar una comprensión atenta, inteligente, reflexiva, creyente y responsable entre este evento histórico y las certezas de la fe cristiana. En tercer lugar, se da por cierto una perspectiva unitaria de la vida humana y de ella con toda la Creación. Con el actual Pontífice podemos albergar “la convicción que en el mundo todo está conectado” (*Laudato Si'*, nn. 16.70.91.92.117.120.137.138.142). Por obvios motivos los tiempos del coronavirus han ponderado nuestro ser para la muerte. Sin embargo, estos son tiempos propicios también para pensar y decidirse por una vida integral e integrante. Es decir, decidirse por el desarrollo unitario entre la vida armónica con la Creación, la vida buena entre los seres humanos y la vida de fe abierta al misterio de la Presencia última: una vida orientada por el deseo irrestricto por lo divino. Ciertamente, el humanismo integral e integrante requiere un camino educativo de maduración humana que bien puede ser inspirado desde el tesoro de la experiencia teológica cristiana.

### **Siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza**

En todo momento o en cualquier circunstancia, en todo caso o en el lugar menos imaginado, sin tregua o descanso, en el *hic et nunc* como en el *nunc et semper*, el cristiano debe tener la disposición total y concreta de defender las certezas de su fe. Es oportuno advertir que el significado del adverbio temporal ‘siempre’, con la cual se introduce la exhortación petrina, nos pone en una evidente relación con las nociones ‘espacio’ y

‘tiempo’, precisamente, porque estas categorías representan los marcos de referencia esenciales o la funcionalidad estructural permanente de una determinada experiencia humana. En este sentido, podemos definir “el Espacio como la totalidad ordenada de extensiones concretas y el Tiempo como la totalidad ordenada de duraciones concretas” (Lonergan, 1992, p. 166). Sin embargo, cuando la totalidad de extensiones y de duraciones concretas se vive en el contexto de la experiencia religiosa sucede, entonces, que lo espacio-temporal se abre a la totalidad absoluta de las realidades últimas. Por tal motivo, el carácter teológico del ‘siempre’ petrino expresa el respeto por la unidad existencial del cristiano que incluye, esencialmente, su apertura deliberada a las realidades escatológicas desde las realidades históricamente presentes, sean estas positivas o negativas. Es el ‘siempre’ que en la teología fundamental se comprende como un evento global e histórico que abraza al unísono la memoria del pasado, el aprendizaje del presente y el deseo irrestricto de un estado futuro.

La pandemia del coronavirus se ha impuesto al concreto viviente como un evento global e históricamente doloroso. Su totalidad de extensión y duración ha sido impecablemente concreta. En nuestro tiempo y espacio concretos, sin embargo, este virus participa de la densidad del ‘siempre’ en cuanto que ha despertado, a costos muy altos, nuestra memoria sobre el valor de ser libres, ha nutrido con profundo dolor nuestra cotidianidad humana de esencialidad y ha interpelado con vehemencia nuestra rebeldía por las realidades eternas e invisibles. Los patrones espacio-temporales impuestos por el coronavirus están influenciando, modificando y regulando nuestro comportamiento de manera diferente y, en muchos casos, de manera radical (Vicini, 2020, p. 56). Posiblemente la actual pandemia es el fenómeno global e histórico que nos está encerrando para recentrar nuestra atención en lo que verdaderamente es esencial. Con

razón, “hay humanistas que señalan que esta crisis es una especie de ‘cuaresma secular’ que nos concentra en los valores esenciales, como la vida, el amor y la solidaridad, y nos obliga a relativizar muchas cosas que hasta ahora creíamos indispensables e intocables” (Codina, 2020, p. 10).

Pues bien, el apóstol Pedro exhorta a los cristianos a ser defensores inteligentes de su esperanza. En esta apologética cristiana no basta creer, además, es requiere la inteligencia necesaria para explicar de manera insólita la causa que justifica el modo de vivir, de pensar, de sentir, de hablar, de imaginar, de esperar, etc. No deja de ser interesante que, para algunos teólogos anglosajones, el vocablo ‘apologética’ se vincula a la acción de pedir disculpas por ser cristiano. De este modo, la apologética se vincula a la expresión cotidiana de “disculpase” (*apologetics/apologize*). “Claramente la disculpa es una actitud positiva, no es una actitud de arrepentimiento. Hay más que un poco de ironía en otra definición extravagante: Apologética es hacer que alguien se disculpe por haber preguntado a alguien el por qué de su observancia religiosa” (Stackhouse, 2002, p. 114). En principio, entonces, cada cristiano debería ser capaz de justificar, con inteligencia y razonabilidad, con humildad y respeto, su conducta creyente como, en analogía, lo haría un hombre culto “capaz de dar y recibir un *logos* sobre sus acciones y creencias” (Barclay, 1976, p. 230). Dicho de otro modo, la vida cristiana es una experiencia religiosa que implica la manifestación inteligente del creyente y la epifanía inteligible de su mensaje. Naturalmente, en esta circularidad entre el principio subjetivo y el conocimiento objetivo, “el cristiano debe pasar por el trabajo mental y espiritual de pensar su fe, para poder exponer el contenido de lo que cree y el por qué cree en ello” (Barclay, 1976, p. 231). No sería coherente a la naturaleza cristiana ejercitar la *lex orandi* desarticulada de la *lex credendi* y ambas ajenas a la *lex vivendi*. La unidad de estos tres componentes (espiritual, intelectual, experiencial) conforman



la inteligencia subjetiva del creyente en Cristo de todos los tiempos y la inteligibilidad objetiva del mensaje cristiano para todos los tiempos.

La experiencia espiritual e intelectual del cristianismo conduce al cristiano de esta hora, por ejemplo, a reconocer que “el COVID 19 existe porque también los virus forman parte de un mundo finito y en evolución [...]. El freno a este flagelo depende del descubrimiento de la vacuna necesaria, y esto es obra y responsabilidad del hombre, no de Dios” (Moore, 2020, p. 30). Precisamente, la sana experiencia espiritual e intelectual hacen del cristiano un creyente responsable de su tiempo y de su espacio. En este sentido, no es responsable, ni mucho menos honesto,

argüir que no podemos quitarle al creyente su última esperanza en que ‘puede hacer algo’ –si somos muchos los que insistimos- es como ofrecerle un antídoto que sabemos falso, porque no lo curará. [...] Otra postura –muy distinta- es la del creyente que se sabe habitado, sostenido y acompañado por el Espíritu y lo tematiza en su oración; que sabe que su vida está inmersa en otra Vida de la que ha nacido y retornará [...] y que cree esperanzadamente que ninguna muerte tiene la última palabra. Aunque sí penúltimas... y muy dolorosas. (Moore, 2020, p.30)

En estos tiempos de pandemia es más responsable preguntarse sí “¿somos capaces de imaginar una vida en el Espíritu, un ritmo, un estilo, una *forma*, que recogiendo prácticas antiguas o inventando gestos nuevos sea capaz de sostener la difícil elaboración necesaria que pide ojos abiertos, manos abiertas, oídos abiertos?” (Morra, 2020, p. 18). En lo cotidiano de estos tiempos es más honesto preguntarse sí “¿seremos capaces de escuchar la Palabra de Dios no a la búsqueda de soluciones (sustitutivas?), sino como lámpara para los pasos y para la mente?” (Morra, 2020, p. 18). En la experiencia religiosa de estos tiempos es más cristiano preguntarse sí seremos “¿capaces de reinventar una oración que no sea hecha solo de “oraciones”?, ¿de consolar y hacernos consolar, nutrir y hacernos nutrir,

comprender y hacernos comprender por y en la realidad?” (Morra, 2020, p. 18). Desde el realismo del Santo Espíritu que sopla donde quiere y no se sabe de dónde viene y a dónde va, el auténtico cristiano, de todos los tiempos y en todos los espacios, sabe que Dios no baja a ninguno de la cruz, sino que salva a todos de la tumba. El creyente en Cristo sabe que “Dios jamás abandona a su pueblo, está siempre junto a él, especialmente cuando el dolor se hace más presente” (*Un plan para resucitar*, n. 48). Estos son tiempos y espacios para vivir una profunda, equilibrada y responsable espiritualidad cristiana. Son tiempos de meditación, contemplación y de escucha desde los que se puede reorientar la mirada a la esperanza. Son tiempos en los que hay que recordar que

en realidad creer significa superar los confines, trascender los límites, empeñarse en un éxodo. Pero haciéndolo en modo que no se suprima o salte la angustiante realidad. La muerte es verdaderamente muerte, [...] el sufrimiento permanece también para la fe un grito sin una respuesta bella. La fe no sobrepasa esta realidad refugiándose en el cielo o en la utopía, no sueña de vivir en una realidad diversa. Ella no puede superar el muro del sufrimiento, [...] y la muerte [...]. Solo siguiendo a Cristo (que ha resucitado del sufrimiento, de la muerte en la cual Dios lo ha abandonado y de la tumba) la fe ve abrirse delante de ella una amplia perspectiva en la cual no hay más aflicción, una perspectiva de libertad y alegría (Moltmann, 1986, p. 13).

Para nosotros, hombres y mujeres creyentes en Cristo, no puede ser indiferente que “la Iglesia como institución está en estado de suspensión; y sus instrumentos habituales para domesticar el sagrado y el gobierno de las cosas han sido desactivadas por el intruso sobre el cual no tiene alguna señoría” (Neri, 2020, p. 33). Sin embargo, con el mismo asombro debemos constatar que “la fe continúa a ser sorprendentemente practicada por hombres y mujeres que se las ingenian cada día para poner en común

historias de salvación: en los gestos, en las miradas, en las tareas cotidianas de una vida en confinamiento” (Neri, 2020, p. 33). Son experiencias comunitarias de salvación que expresan la fuerza de la esperanza cristiana: esa esperanza que no puede ser robada, silenciada o contaminada por nada ni nadie. Es la fuerza imparable de la esperanza cristiana que permite contemplar la realidad doliente con una actitud siempre renovada.

### **La decisión personal de esperar contra toda esperanza**

Es evidente que el contenido cristiano de esta apologética espiritual, inteligente y responsable está decididamente arraigada en la esperanza. Es la semilla de la esperanza que el apóstol Pedro, como ahora el Papa Francisco, siembra en medio de tanto sufrimiento y desconcierto. Efectivamente, en el magisterio de san Pedro se reconoce que la esperanza cristiana alberga una nueva alianza basada en el perdón de los pecados, fundada en la promesa de Dios a Israel y en su cumplimiento en Cristo Jesús. Ciertamente, la esperanza de la que aquí se habla tiene un aspecto subjetivo porque invita a desear el futuro desde el presente; porque invita al creyente a orientar todos los actos y momentos de su vida presente hacia la Presencia última: hacia la presencia de Dios. Se trata también de la esperanza que convoca a la ciudadanía de la vida eterna, a la realidad metahistórica, ya presente, prolepticamente, en el ‘aquí y ahora’ de la historia y con ello, como se decía en el Medioevo, la concretización de la *extensio animi ad magna*. En este sentido nos referimos al lado objetivo de “la esperanza escatológica de los cristianos, esto es, a su salvación por la muerte y resurrección de Cristo como la base y significado para alcanzarla” (Williams, 2011, p. 153)

Es la misma verdad que cuenta para Benedicto XVI cuando enseña que, según la fe cristiana, la salvación se nos ofrece “en el sentido de que se nos

ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (Spe Salvi, n. 1). En la esperanza cristiana, entonces, se vinculan el objeto esperado y la decisión personal de esperar lo que la esperanza suscita. Es el acto de unión del hombre con Dios favorecido por la esperanza que suscita la apertura de la fe, apoyado por la esperanza que es inseparable del acto de fe. Al menos en los testimonios que encontramos en el Nuevo Testamento la fe y la esperanza aparecen como términos intercambiables o equivalentes, por ejemplo, en Hb 10,22-23 se dice: “acerquémonos con sincero corazón, en plenitud de fe, purificados los corazones de conciencia mala y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la Promesa”; o en Ef, 2,12 cuando el apóstol dice: “estaban a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”. Con razón, como sostiene Moltmann, “en la vida cristiana la prioridad pertenece a la fe, pero el primado a la esperanza. Sin el conocimiento de Cristo que se tiene por la fe, la esperanza sería una utopía suspendida en el aire. Pero, sin esperanza, la fe decae volviéndose tibia y luego muerta. Por medio de la fe el hombre encuentra el camino de la verdadera vida, pero solo la esperanza lo mantiene en él” (Moltmann, 1986, p. 14). Si la fe depende de la esperanza, lógicamente la falta de fe emerge de la pérdida total de esperanza. La incredulidad deriva de la desesperanza y de la desesperación.

El evento del COVID-19 se impone en nuestros espacios vitales como un tiempo silencioso de tristeza, desesperación o desesperanza. Provoca en muchos seres humanos el abandono de la esperanza viva. Al menos, este imperante virus se postula como una amenaza en el camino de aquellos

creyentes que en esta hora de la historia esperan contra toda esperanza. Solo como en el pasado Abraham creyó y esperó contra toda esperanza, llegando a ser padre de una numerosa descendencia y de muchas naciones (Rm 4,18). No hay duda que el drama de este evento epidemiológico pone a prueba la consistencia interior de los cristianos creyentes. En este cuadro histórico, empero, el creyente en Cristo de estos tiempos está llamado a resistir esta aflicción sostenido por la esperanza que no defrauda porque, como anuncia san Pablo, Dios ha versado su amor en el corazón de cada ser humano con el don de su Espíritu (Rm 5, 5). El creyente en Cristo sabe que lo que conduce a la verdadera tristeza (*acedia* o *tristitia*) es la falta de esperanza. Por ende, estos tiempos de pandemia se presentan al cristiano como una ocasión para reactivar la deliberada decisión de esperar contra toda esperanza. Y cuando en teología se habla de decisión se debe entender el estado existencial que se alcanza solo después de un proceso personal en el que se dinamiza la autoconciencia de una deliberada atención inteligente, reflexiva, afectiva, creyente y responsable de la realidad espacio-temporal. Además, siguiendo a Lonergan, se puede asumir que aquello que se opone a la recta toma de decisiones es la presunción (*preasumption*) y la desesperación (*despair*) del sujeto existencial, es decir, las aberraciones o los desvíos de su autoconciencia y de su incapacidad de realizar un proceso interior que sea gradual, paciente, responsable y honesto. Es, en modo análogo, cuanto ha mostrado Joseph Pieper y evoca Moltmann con respecto a las dos formas que manifiestan la carencia de la esperanza: “presunción, *praesumptio*, o desesperación, *desperatio*. La primera es una prematura y arbitraria anticipación del cumplimiento de eso que se espera que Dios haga. La segunda es la prematura y abusiva anticipación de la falta de cumplimiento de eso que se espera de Dios” (Moltmann, 1986, pp. 16-17). Ambas aberraciones expresan una rebeldía contra la esperanza en el Dios de las promesas y

contra la virtud de la paciencia que saber esperar el advenimiento de tiempos más favorables y el cumplimiento de lo que Dios promete. Se trata, en esencia, de un inmanentismo antropocéntrico donde únicamente interesa la autoreferencialidad prometeica. Incluso en algunos miembros de la Iglesia católica se puede presentar este estilo de vida pelagiano, sobre todo en “quienes en el fondo solo confían en sus propias fuerzas” (*Evangelii gaudium*, n. 94; Congregación para la doctrina de la fe, 2018, nn. 3-4).

En los tiempos de pandemia, como los actuales del COVID-19, la humanidad se resigna a vivir el transitorio ocultamiento como un periodo estratégico de autoprotección o autoprevisión. Junto a este estado de ocultamiento, empero, se agudiza en el interior del ser humano el deseo irrestricto de un futuro más favorable, el ardiente deseo de la revelación salvífica divina. El *homo absconditus* que decide esperar contra toda esperanza debe aprender a vivir, serenamente, en relación con el *Deus absconditus* y reconocer la divina revelación en la silenciosa voz o en el tono bajo de voz del *Deus occultus*. Es el tipo de relación que Cristo instauró con el anuncio del Reino de Dios: “un Reino que trabaja en la *ocultación* y en la *humildad*, porque Dios no ama los triunfalismos, sino siembra con paciencia y perseverancia la semilla de su amor, porque sabe que tiene una fuerza que, aunque inicie sin llamar la atención, dará ‘mayores frutos’” (Maiolini, 2020, p. 115). Es el tipo de relación que Jesús de Nazaret experimentó en la agonía del Getsemaní: la experiencia personal del silencio de Dios sin dejar de creer que Dios es Padre. Incluso, en el momento de la muerte en cruz, Jesús no abandona las relaciones sustantivas de su vida y de su anuncio mesiánico del Reino de Dios: “no abandona a Dios (aunque no parezca responder a su oración: ver Hb 5,7-10), no abandona a sus discípulos (aunque ellos lo hayan abandonado a él: Mc 14,50), no abandona a aquellos con los que se encuentra incluso en el

último momento (ofrece un espacio incluso al llamado buen ladrón: ver Lc 23,43)” (Maiolini, 2020, p. 154). Ciertamente, se trata del dinamismo en tensión dialéctica en la que “el ocultamiento del hombre se funda sobre el ocultamiento en el cual Dios permanece también en su revelación, y a causa de la cual tal revelación es una revelación que impulsa y orienta hacia un cumplimiento escatológico” (Moltmann, 1986, pp. 355-356).

En la perspectiva de la esperanza cristiana el ocultamiento del hombre representa una parte del camino existencial cuyo fundamento dinamizador se ubica en el encuentro con la revelación de “la insoportable discreción de Dios” (Christian Duquoc). La pasión de la esperanza cristiana se funda en la promesa del Dios de la esperanza al hombre y en la respuesta a este Dios por parte del hombre que decide esperar contra toda esperanza.

Efectivamente, como asevera Moltmann, nos referimos al “Dios de la esperanza” no al “Dios esperanza” (*Deus spes*). “Este Dios de la esperanza, [...] es la anticipación de una eternidad sobre el hombre que espera y desea el futuro: y precisamente de la eternidad de la propia muerte y del juicio en el cual nada puede subsistir de eso que es” (Moltmann, 1986, p. 359).

Como cristianos de todos los tiempos, cuánto bien nos haría recordar que en la Cruz de Cristo todos “hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar.

Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza” (*¿Por qué tenéis miedo?*, n. 25). Cuánto bien nos haría asumir el mensaje pascual, *Ubi et Orbi*, del actual Pontífice sobre el contagio alternativo:

El otro contagio que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!”. No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la

resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios. (*Como una nueva llama*, nn. 29-30)

Decidirse esperar contra toda esperanza significa, en la vida cristiana, decidirse por conocer al Dios de la esperanza. Precisamente, “llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza” (Spe Salvi, n. 3). Y recibir esperanza no significa recibir un contenido informativo sobre Dios, sino favorecer el encuentro performativo de un Dios que “puede transformar nuestra vida hasta hacernos sentir redimidos por la esperanza que dicho encuentro expresa” (Spe Salvi, n. 4). Es el encuentro que Cristo nos garantiza con su resurrección y que los primeros discípulos y discípulas experimentaron el primer día de la semana, cuando todavía estaba oscuro y reinaba la confusión, cuando encuentran que el sepulcro del Señor está vacío. Es en ese momento preciso que resuena la buena noticia de la resurrección del Señor encendiendo en el corazón de la humanidad una llama de esperanza. Es la buena noticia que “se ha encendido como una llama nueva en la noche, en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: “¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!” (*Como una nueva llama*, n. 29).

### **Responder a quien solicite razón de nuestra esperanza**

Los tiempos de la apologética cristiana siempre se han vivido en el espacio hostil de una audiencia concreta. Es imposible comprender adecuadamente la apologética teológica cristiana fuera de un contexto histórico, cultural o religioso, de adversidad. Desde sus inicios la



comunidad cristiana se ha esforzado por “mostrar la credibilidad de su mensaje y responder a las obvias objeciones que habrían surgido en la mente de los adversarios, de los posibles conversos y de los cándidos creyentes” (Dulles, 2005, p. 24). El esfuerzo apologético de los primeros cristianos solamente puede ser comprendido en la lógica de contradicción entre los fariseos y saduceos y la persona y el mensaje mesiánico de Jesús de Nazaret. El ministerio apologético es, sin duda, un esfuerzo vinculante entre el Maestro y sus discípulos, entre la misión del Hijo de Dios y la misión de sus discípulos, entre la verdad enseñada y actuada por Jesús y la verdad testificada y anunciada por los creyentes en el Cristo resucitado. Ciertamente, con la sucesión de los espacios y tiempos históricos los cristianos deben operar, necesariamente, una diversidad de formas apologéticas, deben buscar diversos modos para responder a todo aquel que les pida razón de su esperanza. En esencia, la tarea del apologeta cristiano de estos tiempos consiste en ayudar a integrar el amor de Dios en los nuevos espacios y tiempos de la historia, simplemente porque el cristianismo “no se apega a un *status*, no habita en una sola dimensión, sino que se arraiga cada vez causando una tensión unitiva que atrae las diferencias, une las distancias: cielo y tierra, esperanza y miedo, futuro y pasado, singular y plural” (Bonfrate, 2020, p. 12). Es irrelevante la elaboración de una nueva apologética sin la convergencia unitaria, sin la debida *reconciliatio oppositorum* entre la verdad del amor de Dios y la interpelación de un interlocutor históricamente concreto, sea este creyente o no creyente.

Es significativo que en estos espacios y tiempos de pandemia el enemigo que interpela nuestra apologética no es uno adversario contra la recta doctrina de la fe o moral cristiana. El enemigo que ahora nos pide razón de nuestra esperanza cristiana en un contexto de vulnerabilidad se llama, con nombre y apellido, COVID-19: en donde ‘Co’ está por *corona*, ‘Vi’ por

*virus*, ‘D’ por *disease* y ‘19’ por el año en que se ha manifestado. El enemigo de este tiempo y espacio es un virus que nos coloca en la radicalidad de un presente dramático sin antecedentes. Incluso se podría comparar a un tipo de “genocidio virósico” (*Prepararnos para el después es importante*, n, 27). Estamos ante el ataque de un virus que amenaza a todos sin discriminación, que categóricamente ignora los confines para agredir por doquier la vida de los más débiles. Un enemigo viral obstinado en perpetuar la “cultura del descarte”. Un virus “invisible y omnipresente, [que] está transfigurando la cotidianidad, minando las seguridades, tergiversando las relaciones, desvelando la fragilidad de los sistemas, colocando ante nosotros una urgencia que invoca la mirada de todos, para interceptar el *paso del Señor*, para reinterpretar y reprogramar la vida” (Bonfrate, 2020, p. 10). Estos son tiempos que nos exigen “estar informados focalizando la atención sobre el peligro objetivo. Conocer quién es el ‘enemigo’ que se debe afrontar y cómo defenderse de él es útil para limitar los miedos y recuperar una mayor serenidad” (D’Urso, 2020, pp. 22-23).

Suena inesperadamente paradójico, pero al mismo tiempo honesto, decir que el drama histórico que está instaurando este enemigo nos está también enseñando cómo articular los saberes y las prácticas esenciales de la vida. En este tiempo de dura prueba la vida humana se ha configurado “para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es” (*¿Por qué tenéis miedo?*, n. 22). El flagelo de este enemigo nos está distanciando de lo superfluo para recobrar con mayor vigor nuestra identidad y vocación humana. El fenómeno que está causando este adversario de la familia humana nos está también ejercitando en la agudeza del sentido de la escucha atenta, inteligente, reflexiva, afectiva, creyente y responsable. En estos tiempos se escucha a los que normalmente son silenciados y se mira a los que

permanecen invisibles. Se escucha y se mira con respeto a los hombres de buena voluntad, a aquellos que trabajan activamente por el bien común. Bien se podría decir que estos tiempos de pandemia son los tiempos de la escucha visual: escuchar con los ojos del corazón y ver con los oídos de la fe. El COVID-19 nos está reeducando, a un costo muy alto y de manera sumamente dolorosa, a escuchar el llanto de la naturaleza, el grito de la humanidad herida, el lamento de un Dios olvidado.

Por cuanto sea contradictorio o irónico, este adversario viral está modificando la arquitectura de nuestras relaciones, permitiéndonos encontrar a los otros mediante el respeto de la requerida *social distancing*. Este adversario nos está colocando dentro los dinamismos de la interdependencia, de la mutua necesidad, “es como si estuviéramos de frente a la posibilidad (¿espantosa?) de redefinir proximidad, distancias, diferencias, afinidad. ¿Quiénes son, después de todo, ‘los otros’?” (Terribile, 2020, p. 30). La *des-gracia* que este enemigo está dejando a su paso nos está ayudando a descubrir que la *gracia* divina se manifiesta y se puede encontrar en los espacios y tiempos menos comunes e insospechados.

Sin asomo de duda, el tiempo de este adversario “nos está desenmascarando, está mostrando verdades que, en tiempos normales, hemos soportado o escondido con alguna falsificación, con alguna narración” (Terribile, 2020, p. 29). ¿No será que la razón que nos está pidiendo este enemigo, más bien, se puede interpretar como una toma de conciencia de nuestros esquemas rígidos de vida y de fe? ¿Seremos capaces de aprender la lección que nos está dando este intruso invisible sobre nuestra vulnerabilidad y engañosa autosuficiencia? La verdad es que nadie está inmune a este virus. La verdad que nos está revelando este enemigo es que todos somos una única comunidad humana y, por ende, que “nadie se salva solo. Las fronteras caen, los muros se derrumban y todos los

discursos integristas se disuelven ante una presencia casi imperceptible que manifiesta la fragilidad de la que estamos hechos” (*Un plan para resucitar*, n. 48). Los hechos nos están de-mostrando que “una emergencia como la del COVID-19 es derrotada en primer lugar con los anticuerpos de la solidaridad” (Pontificia Academia para la Vida, 2020, n. 4). En definitiva, o aprendemos a ser más solidarios y más humanos o nos hundimos todos. Los tiempos críticos de esta pandemia nos confirman que todos los seres humanos estamos en relación, que todos estamos involucrados e implicados en la agenda de la humanidad. La tentación de olvidar o la actitud de ponerse de espaldas a los tiempos del COVID-19 nos conduciría a un daño aún mayor.

### **Con humildad y con respeto**

A la exhortación de estar “siempre dispuestos a dar razón de nuestra esperanza a todo aquel que nos lo pida”, el apóstol Pedro añade el procedimiento que se debe seguir para que esta acción, apologética, sea cualitativamente cristiana. La apologética cristiana aquí requerida debe estar cualificada por la virtud de la humildad y el valor del respeto. Concretamente, se trata de una apologética virtuosa que indica una cualidad humana subjetiva desde la cual se realiza o alcanza un bien objetivo. A su vez, como las dos caras de una misma moneda, se trata de una apologética axiológica que designa un bien objetivamente apreciable que suscita en la inteligencia emocional admiración, afecto o estima subjetiva. Es evidente que ambos casos suponen un polo subjetivo y un polo objetivo en una tensión dialéctica unitaria. Pero, ¿por qué la humildad y el respeto cualifican la exhortación petrina? ¿Cuál es el motivo teológico de esta tipificación apologética? Principalmente, porque con la humildad y el respeto los cristianos dan un culto reverente a Dios. Porque solamente de este modo los cristianos dan testimonio del espíritu de Cristo

en la historia y, en muchos casos, en situaciones de clara hostilidad. En su conjunto, la humildad y el respeto son cualidades que buscan expresar “la sabia tolerancia que se da cuenta de que no es dado a ningún hombre poseer toda la verdad” (Barclay, 1976, p. 230). Cabe mencionar que en este ejercicio apologético “el objetivo no es proclamar la fe para ganar un argumento, sino ganar otros para la fe por medio de una palabra gentil y persuasiva” (Keating, 2011, p. 85).

Como la apologética unitaria-mistagógica de los primos cristianos así la nueva apologética unitaria-generativa tendría que ser un ejercicio teológico de humildad teologal, al menos, a nivel lingüístico, a nivel cognitivo y a nivel espiritual. Así lo postula, por mencionar un ejemplo, John G. Stackhouse en su libro *Humble Apologetics* (Stackhouse, 2002, pp. 227-232). En su planteamiento Stackhouse considera que la apologética teológica se debe caracterizar por una retórica humilde, esto es, por un estilo que tenga en cuenta la grandeza del mensaje cristiano y su historia de salvación – creación, pecado, redención – para hacernos balbucear al recordar lo poco que podemos escalar para saber sobre tales cosas. Es, en realidad, el camino teológico de aquel que sabe iniciar su argumentación teológica con la vía catafática (teología positiva) para concluir con el reconocimiento teologal de la vía anábatica (teología negativa). El teólogo que asume una nueva apologética adopta una retórica humilde porque reconoce que él no es un profeta infaliblemente inspirado por Dios, y mucho menos el que podría hablar con autoridad de una manera que nadie más puede hablar. Del mismo modo y al mismo tiempo, debe ser epistemológicamente humilde al buscar renunciar a los acentos triunfalistas y al asumir un proceso metódico de atención a la realidad concreta, inteligente en sus formulaciones, reflexivo en sus juicios y responsable ante los acontecimientos de la historia y la cultura. “El teólogo que se complace en su pensamiento completo y acabado es un mediocre. El

buen teólogo y filósofo tiene un pensamiento abierto, es decir, incompleto, siempre abierto al *maius* de Dios y de la verdad, siempre en desarrollo” (*Veritatis gaudium*, n. 3). En estos tiempos, el apologeta debe saber ofrecer un acceso (*come una chiave*) a la comprensión vital más que limitarse a ofrecer un cúmulo de nociones fijas (*come un chiodo*) (Tenace, 2018, pp. 3-14). Junto a esto, es oportuno que el apologeta católico de esta hora sea espiritualmente humilde para aceptar que “no es él quien produce o justifica en los otros el don del amor de Dios. Solo Dios puede dar este don, y el don en sí mismo se autojustifica” (Lonergan, 1972, p. 123).

La obligada quietud de los tiempos del COVID-19 nos piden una radical humildad y un honesto respeto. En primer lugar se requiere la humildad para aprender a vivir de manera diferente, para comenzar a vivir de una manera más ordenada y disciplinada. En segundo lugar se necesita la humildad para comenzar a vivir más como familia humana, como una comunidad humana de la que no podemos salir y comenzar a sentirnos más interdependientes: todos dependemos de todos, todos somos vulnerables, todos necesitamos unos de otros. Dicho de otro modo, la humildad aducida ayudará a aceptar la condición humana, cuyo carácter original “consiste en ser contemporáneamente individuo-sociedad-especie. [...] Así, cada desarrollo verdaderamente humano debe comportar la potencialidad conjunta de las autonomías individuales, de las participaciones comunitarias y de la consciencia de pertenecer a la especie humana” (Morin, 2001, p. 15). Con esta experiencia pandémica nos debe quedar claro “que no existe ningún ser, mucho menos nosotros los humanos, como una isla desconectada de todos los demás” (Boff, 2020, pp. 14-15). Esta ha sido una de las constantes exhortaciones del actual Pontífice quien, en estas circunstancias de prueba, subraya que todos los seres humanos,

como *imago Dei*, imagen de Dios, estamos llamados a cuidar y respetar a todas las criaturas y a sentir amor y compasión por nuestros hermanos y hermanas, especialmente los más débiles, a imitación del amor de Dios por nosotros, manifestado en su Hijo Jesús, que se hizo hombre para compartir con nosotros esta situación y salvarnos. (*Superar los desafíos globales*, n. 60)

Esencialmente, es un llamado a cultivar “la civilización del amor que en sí misma es una civilización de esperanza”, como en su momento lo proclamó Eduardo Pironio. En tercer lugar, esta pandemia nos está solicitando una mayor humildad para educarnos en una relación de mayor respeto hacia la naturaleza y la Tierra. No hay duda, como afirma Leonardo Boff, que la actual pandemia “nos revela que el modo como habitamos la Casa Común es pernicioso para su naturaleza. La lección que nos transmite suena así: es imperativo reformatear nuestra forma de vivir en ella como planeta vivo. Ella nos está avisando de que así como nos estamos comportando no podemos continuar” (Boff, 2020, p. 38). No respetar la Tierra significa no respetarnos a nosotros mismos que somos la tierra pensante.

La humildad y el respeto para estos tiempos implica también nuestra relación con Dios, precisamente, porque en estas circunstancias se nos pide con vehemencia centrar nuestra atención en aquello que es esencial para nuestra calidad de vida. En consecuencia, quedan abiertas las condiciones de posibilidad para ejercitarnos en una experiencia *kenótica*, en una experiencia de búsqueda y encuentro, en una experiencia habitada por la deliberada donación, a ejemplo de la sorprendente donación de las tres divinas personas de la Trinidad, en cuyo dinamismo reconocemos “la fuente inagotable del Amante [del donante], la acogida del Amado [del donado] y la comunión libre y liberante del Amor [del don]” (Forte, 1996, p. 28). La *scientia Trinitatis*, en cuanto ontología trinitaria, nos revela al

Padre donándose a sí mismo por amor en la obra de la Creación, no revela al Hijo donándose a sí mismo por amor en la Encarnación, nos revela al Espíritu Santo donándose a sí mismo en el devenir histórico del Pueblo santo de Dios. Naturalmente, este anonadamiento trinitario posee una connotación positiva, esto es, la *kénosis* entendida como la entrega gratuita y deliberada que genera vida, como el bien que se difunde y comunica (*bonum diffusivum et communicativum*) en el evento redentor, como el don que Dios hace de su amor inundando nuestros corazones de Espíritu Santo (ver Rm 5,5). En este horizonte de las realidades esenciales nuestra existencia se pone en contacto con el acto original del ser solo porque “el ser es originalmente acto de amor, evento, acontecimiento de la donación, acto de la libre comunicación del ser, *actus essendi*: el ser es en cuanto acontece, es decir en cuanto que es un don que se cumple, en cuanto que es un evento de la donación de la existencia, de la energía y de la vida” (Forte, 1996, p. 29).

Los tiempos del COVID-19 son tiempos *kenóticos*. Son tiempos en los que nos podemos ejercitar en la búsqueda de la *scientia Trinitatis* para encontrar la fuente de la vida, así como nos exhorta san Agustín en sus *Confesiones*: “Busquemos como si hubiéramos de encontrar y encontremos con el afán de buscar. Cuando el hombre cree acabar, entonces principia. Pues se busca para que sea más dulce el hallazgo; se encuentra para buscar con más avidez” (Libro IX, 1,1. Libro XV, 2,2). Estos son tiempos para crecer en humildad y educarnos en el respeto. Son tiempos para vivir una conversión intelectual orientada por y hacia lo esencial; son tiempos de una conversión moral para discernir y decidirse por el bien más conveniente a nuestra condición humana; son tiempos de una conversión religiosa para poder reconocer en los eventos de la historia el don que Dios hace de su amor, son tiempos de una conversión psicológica para dejarse interpelar por la belleza que nos comunica la



epifanía artística o cultural; son tiempos de una conversión ecosistémica para saber vivir como una sola comunidad humana donde todos somos hermanos, donde todos estamos en relación.

Los tiempos del COVID-19 son tiempos de conversión porque de manera dramática nos hemos dado cuenta que estamos habitados por un excesivo narcisismo. De repente hemos descubierto que “estamos demasiado atrapados por el ‘más acá’ para preocuparnos del ‘más allá’” (Pagola, 2020, p. 43). Súbitamente hemos caído en la cuenta de estar inmersos en una cultura ofuscada por una belleza sin verdad y sin bondad. Estamos tan acostumbrados a las penúltimas preguntas de la existencia que ahora nos descubrimos incapacitados para enfrentar con esperanza el problema de nuestro futuro, el problema del final que nos espera. Con humildad y respeto tendremos que aprender a reorientar todos los actos de nuestra vida a la Presencia última: a la presencia de Dios. Tenemos que recuperar el aprendizaje de hablar con esperanza y respeto de la muerte, de la vida eterna, de la resurrección. A nosotros creyentes o apologetas en Cristo, este tiempo sin precedentes “nos pide un humilde y nuevo aprendizaje tras la evidencia de que el simulacro con el que hemos rellenado nuestras creencias titánicas ha mostrado, de golpe, su inconsistencia” (Bonfrate, 2020, pp. 11-12), confirmando el sueño narrado en el libro del profeta Daniel:

La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido. Estabas mirando, hasta que una piedra fue cortada, no con mano, e hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó. Entonces fueron desmenuzados también el hierro, el barro cocido, el bronce, la plata y el oro, y fueron como tamo de las eras del verano, y se los llevó el viento sin

que de ellos quedara rastro alguno. Mas la piedra que hirió a la imagen fue hecha un gran monte que llenó toda la tierra. (2,31-35).

## **A modo de conclusión**

Hay eventos que informan y eventos que transforman. Por la magnitud en la que continúa a expresarse el COVID-19, empero, nos damos cuenta de que en él ambas cualidades coinciden sin reparo ni distinción. La magnitud de este virus nos está recordando que, como seres humanos, “somos esa parte de la Tierra que siente, piensa, ama, cuida y venera” (Boff, 2020, p. 15). Nos está manifestando que nosotros, como familia humana, somos “aquella porción de la Tierra que, en un momento de alta complejidad, empezó a sentir, a pensar, a amar y a percibirse parte de un Todo mayor” (Boff, 2020, p. 40). Nos está reprochando, al mismo tiempo y con la misma fuerza, que nosotros, los vivientes concretos, no hemos sabido estar a la altura de la realidad ecosistémica. Consciente o inconscientemente los seres humanos nos hemos dedicado a desequilibrar la vida armónica con la creación; nos hemos empeñado por viciar la vida buena entre los seres humanos; nos hemos olvidado de la vida de fe y aún más de la vida eterna. El informe que se nos está entregando con esta pandemia tiene como aspecto central el desequilibrio que nosotros, los seres humanos, hemos generado a nivel *intrapersonal* e *interpersonal*, a nivel inmanente y trascendente.

En este sentido, el coronavirus es un evento que a su vez está pidiendo una transformación. De hecho, “la historia de la cultura nos muestra que es actividad humana transformar (con toda la dificultad que esto comporta) el *chronos* en *kairos*. El evangelio nos dice que reconocer el *kairos* y acogerlo es obra de gracia y salvación” (Morra, 2020, p. 16). Quizá en este tiempo de prueba (*chronos*) podemos entender que “atacando a la Tierra, nos atacamos a nosotros mismos que somos Tierra pensante” (Boff, 2020,

p. 40). Posiblemente en estos tiempos de pandemia nos podemos dar cuenta que la virtud de la humildad y el valor del respeto son las normas indispensables para vivir como una fraternidad verdaderamente humana. Quizá en estas circunstancias de vulnerabilidad podamos reorientar todos los actos de nuestra vida a la Presencia última sin conformarnos con las presencias penúltimas. La esperanza cristiana “nos invita a reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el rumbo, que siempre podemos hacer algo para resolver los problemas” (*Laudato Si'*, n. 61). Como familia humana de esta hora “tenemos necesidad de un nuevo realismo del y en el Espíritu, que nos enseñe un nuevo lenguaje, nuevos gestos, nuevos cuerpos, nuevas simbologías” (Morra, 2020, p. 19).

La razón de nuestra esperanza cristiana no radica únicamente en anhelar que pase cuanto antes la crisis de este virus. La esperanza cristiana tiene que saber dar razón de una conversión personal y comunitaria, debe saber dar razón del realismo del Espíritu divino entre nosotros los seres humanos. “Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado” (Rm 5,5). La esperanza es que “este momento de peligro nos saque del piloto automático, sacuda nuestras conciencias dormidas y permita una conversión humanista y ecológica que termine con la idolatría del dinero y ponga la dignidad y la vida en el centro” (*A un ejército invisible*, n. 41). En este proceso transformativo o performativo la tarea del apologeta cristiano es sumamente pertinente solo a condición de que tenga como objetivo ayudar a los seres humanos de esta hora a integrar el don del amor de Dios con el resto de su existencia.

El carácter informativo y el deseado alcance transformativo de este evento pandémico nos conduce a pensar en el futuro inmediato, esto es, en la vida después del COVID-19. Prepararnos para el después es una responsabilidad histórica impostergable. La visión profética del actual

Pontífice nos invita “a pensar en el ‘después’ porque esta tormenta va a terminar y sus graves consecuencias ya se sienten” (*A un ejército invisible*, n. 40). Planear el futuro nos ayuda a todos y es necesario para todos porque, como se empieza a constatar, el coronavirus está dejando a su paso una seria crisis psicológica, relacional, financiera y laboral. Por doquier se comienzan a notar “algunas consecuencias que deben ser enfrentadas: hambre, sobre todo para las personas sin trabajo fijo (changas, etc.), violencia, la aparición de los usureros, (que son la verdadera peste del futuro social, delincuentes deshumanizados), etc.” (*Prepararnos para el después es importante*, n, 28). En este horizonte de cambio o regeneración de nuestra actual civilización, el apologeta cristiano tiene que saber sumarse a otras instancias para poder ayudar a proyectar el desarrollo humano integral centrado en la primacía de la persona y coherente con la novedad del Evangelio de Cristo y, por ende, con la vitalidad del humanismo cristiano. El apologeta cristiano puede ser una óptima mediación para ayudar a discernir las mociones del Espíritu en estos momentos “y canalizar la vida nueva que el Señor quiere generar en este momento concreto de la historia” (*Un plan para resucitar*, n. 49). La apologética teológica en tiempos de pandemia

es el tiempo favorable del Señor, que nos pide no conformarnos ni contentarnos y menos justificarnos con lógicas sustitutivas o paliativas que impiden asumir el impacto y las graves consecuencias de lo que estamos viviendo. Este es el tiempo propicio de animarnos a una nueva imaginación de lo posible con el realismo que solo el Evangelio nos puede proporcionar. El Espíritu, que no se deja encerrar ni instrumentalizar con esquemas, modalidades o estructuras fijas o caducas, nos propone sumarnos a su movimiento capaz de “hacer nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). (*Un plan para resucitar*, n. 49)

En estos tiempos, de una nueva apologética teológica y de la pandemia del coronavirus, viene a nuestra imaginación la magnífica ópera *Turandot* del maestro italiano Giacomo Puccini. En ella, como bien sabemos, se representa el tiempo dramático del insomnio (*nessun dorma*) y la esperanza del victorioso amanecer de un nuevo día (*all'alba vincherò*). En particular, la trama de esta ópera se desarrolla en un pasado legendario de Pekin. En esta ciudad imperial de China se anuncia el trágico edicto de la princesa Turandot, en el que se determina que todo hombre de sangre real que pida su mano en matrimonio tendrá que descifrar tres enigmas propuestos por la princesa, en caso contrario, el contendiente será condenado a muerte. Después de muchas ejecuciones humanas y una multitud de tragedias causadas por la crueldad de la princesa, entra en escena Calaf, un joven príncipe tártaro desconocido quien al ver a la princesa queda inevitablemente prendado de su belleza y obstinado por conseguir su amor. Llegado el momento la princesa formula los tres enigmas a su pretendiente desconocido, entre ellos, el enigma de la esperanza. Sin dificultad alguna el príncipe desconocido resuelve cada uno de los enigmas con asertiva precisión. En su desconcierto, la princesa acosa insistentemente a su padre para que no la entregue al desconocido Calaf. El padre, hombre de una lealtad sin doblez, se resiste a secundar el requerimiento de su hija obligándola a cumplir su palabra. En tales circunstancias, Calaf no deseando conseguir el amor de Turandot por la fuerza le propone otro enigma. En este caso se trata de adivinar su nombre al amanecer del día siguiente y, en caso de conseguirlo, él morirá derrotado. En el Palacio real, como en todo el Imperio, ninguno duerme (*nessun dorma*), todos están ocupados, de diversos modos, en descubrir el nombre del príncipe desconocido. Incluso ante la presencia de Turandot son interrogados los dos amigos del desconocido príncipe, Timur y Liú, sin obtener el resultado esperado. Ni siquiera bajo tortura Liú dice el nombre

de Calaf, argumentando en su defensa que el amor que siente por él le da valor para morir antes que traicionarle y, con la daga que le arrebató a un soldado de la corte imperial, se suicida. La cruel Turandot queda conmovida por este acto de fidelidad y, sin embargo, advierte al príncipe desconocido que no se le acerque. El príncipe hace caso omiso a esta advertencia y con el ímpetu del enamorado abraza y besa a la princesa quien cede en su resistencia. Por primera vez, Turandot llora con lágrimas de una humanidad humilde y respetuosa. Por primera vez, la princesa se sabe amada por el príncipe extranjero quien al amanecer le revela su nombre: me llamo amor. Al amanecer el amor venció la oscuridad de la noche (*all'alba vincherò*).

La crueldad de estos tiempos de pandemia solo serán vencidos si logramos, como familia humana solidaria y responsable descifrar el enigma del amor expresando en la virtud de la humildad y el valor del respecto. En estos tiempos de pandemia, la labor del apologeta cristiano será eficaz si ayuda a sus hermanos, los seres humanos, a reconocer el don que Dios hace de su amor. La apologética en tiempos de pandemia es la memoria colectiva de la comunidad eclesial que nos recuerda que por la fe, entendida como la relación incondicional del sujeto creyente con la incondicionalidad de Dios, los cristianos de todos los tiempos “nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”. (Rm 5,2). Todavía más, enfatiza san Pablo, “nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. (Rm 5,3-5).

## Referencias

- Barclay, William. *The letters of James and Peter*. Philadelphia: The Westminster Press, 1976.
- Benedicto XVI. Carta Encíclica *Spe Salvi*, (30 de noviembre de 2007): AAS 99 (2007).
- Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1975.
- Bonaventura. *La sapienza cristiana. Collationes in Hexaemeron*. Milano: Jaca Book, 2018.
- Bonfrate, Giuseppe. “Accompagnare (non subire) le sfide del presente” en Neri, Marcello (dir.). *Vedo la notte che accende le stelle. Sentieri in tempo di Pandemia*. Bologna: Edizioni Dehoniane Bologna, 2020.
- Boff, Leonardo. “La fuerza de los pequeños” en Alarcón Álvarez, Marcelo (dir.). *Covid-19*. España: MA-Editores, 2020.
- \_\_\_\_\_. “Coronavirus: autodefensa de la propia Tierra” en Alarcón Álvarez, Marcelo (dir.). *Covid-19*. España: MA-Editores, 2020.
- Codina, Víctor. “¿Por qué Dios permite la pandemia y calla? ¿Es un castigo? ¿Hay que pedirle milagros? ¿Dónde está Dios?” en Alarcón Álvarez, Marcelo (dir.). *Covid-19*. España: MA-Editores, 2020.
- Congregación para la doctrina de la fe. Carta *Placuit Deo*. (1 de mayo de 2018).
- Dulles, Avery. *A History of Apologetics*. San Francisco: Ignatius Press, 2005.
- D’Urso, Giacinto. *COVID-19, andrà tutto bene. Come superare l’emergenza restando a casa*. Latina: Passerino Editore, 2020.
- Francisco. Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, (24 de noviembre de 2013): AAS 105 (2013).
- \_\_\_\_\_. Carta Encíclica *Laudato Si’*, (24 de mayo de 2015): AAS 107 (2015).
- \_\_\_\_\_. Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, (8 de diciembre de 2017): AAS 109 (2017).
- \_\_\_\_\_. “A un ejército invisible”, en *Íbidem*, *La vida después de la Pandemia*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020.

\_\_\_\_\_. “¿Por qué tenéis miedo?”, en *Íbidem*, La vida después de la Pandemia. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020.

\_\_\_\_\_. “Un plan para resucitar”, en *Íbidem*, La vida después de la Pandemia. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020.

\_\_\_\_\_. “Como una nueva llama”, en *Íbidem*, La vida después de la Pandemia. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020.

\_\_\_\_\_. “Prepararnos para el después es importante”, en *Íbidem*, La vida después de la Pandemia. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020.

\_\_\_\_\_. “Superar los desafíos globales”, en *Íbidem*, La vida después de la Pandemia. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2020.

Fishbane, Michael. *Sacred Attunement: A Jewish Theology*. Chicago: University of Chicago Press, 2008.

Forte, Bruno. *Trinità per atei*. Milano: Raffaello Cortina Editore, 1996.

Keating, Daniel. *First and Second Peter, Jude*. Michigan: Baker Academic, 2011.

Lonergan, Bernard. *Insight: A Study of Human Understanding, Collected Works of Bernard Lonergan 3*. Toronto: Lonergan Research Institute/University of Toronto Press, 1992.

\_\_\_\_\_. *Method in Theology*. New York: Herder and Herder, 1972.

Maiolini, Raffaele. *L'abc della teologia*. Brescia: Editrice Morcelliana, 2020.

Moltmann, Jürgen. *Teologia della speranza. Ricerche sui fondamenti e sulle implicazioni di una escatologia cristiana*. Brescia: Editrice Queriniana, 1971.

\_\_\_\_\_. *Dio nella creazione. Dottrina ecologica della creazione*. Brescia: Editrice Queriniana, 1986.

Morin, Edgar. *I sette saperi necessari all'educazione del futuro*. Milano: Raffaello Cortina Editore, 2001.

Morra, Stella. “Realismo dello Spirito”, en Neri, Marcello (dir.). *Vedo la notte che accende le stelle. Sentieri in tempo di Pandemia*. Bologna: Edizioni Dehoniane Bologna, 2020.



- Moore, Michael P. “¿Un Dios ‘anti-pandemia’, un Dios ‘post-pandemia o un Dios ‘en pandemia?’” en Alarcón Álvarez, Marcelo (dir.). Covid-19. España: MA-Editores, 2020.
- Neri, Marcello. “La constituzione del mondo” en Íbidem (dir.), Vedo la notte che accende le stelle. Sentieri in tempo di Pandemia. Bologna: Edizioni Dehoniane Bologna, 2020.
- Newman, John Henry. “Quindici sermoni all’Università di Oxford” en Íbidem. Scritti filosofici. Quindici sermoni all’Università di Oxford, Quaderno filosofico, Saggio a sostegno di una grammatica dell’assenso. Milano: Edizioni Bompiani-Il Pensiero di Occidente, 2005.
- Pagola, José Antonio. “Una puerta abierta” en Alarcón Álvarez, Marcelo (dir.). Covid-19. España: MA-Editores, 2020.
- Pontificia Academia para la Vida, Pandemia y fraternidad universal. Nota sobre la emergencia COVID-19, (29 marzo 2020).
- San Agustín. Obras completas de San Agustín, II: Las confesiones. Madrid: BAC Editorial, 2019.
- Stackhouse, John G. Humble Apologetics. Defending the Faith Today. New York: Oxford University Press, 2002.
- Tenace, Michelina (dir.). Dal chiodo alla chiave. La Teologia Fondamentale di papa Francesco. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 2018.
- Terribile, Manuela. “Tornare a credere” en Neri, Marcello (dir.). Vedo la notte che accende le stelle. Sentieri in tempo di Pandemia. Bologna: Edizioni Dehoniane Bologna, 2020.
- Vicini, Andrea. “La vida en tiempos de coronavirus” en Alarcón Álvarez, Marcelo (dir.). Covid-19. España: MA-Editores, 2020.
- Wilkins, Jeremy D., Before Truth. Lonergan, Aquinas, and the Problem of Wisdom. Washington, D.C.: The Catholic University of America Press, 2018.
- Wigoder, Geoffrey (dir.). The New Encyclopedia of Judaism. New York: New York University Press, 2002.